

Las exequias de sor Ignacia María del Sacramento (Lima, 1735). Un análisis desde la perspectiva de género

David Fernández Villanova¹

Resumen

En 1735 falleció, en Lima, sor Ignacia María del Sacramento, religiosa profesada de velo blanco en el Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación. Su confesor, un jesuita, predicó las honras fúnebres de sor Ignacia. Este sermón, conservado en el fondo Compañía de Jesús, del Archivo General de la Nación, trata sobre las virtudes de la religiosa. El objetivo del artículo es analizar el sermón desde una perspectiva de género, para ello se abordarán temas tales como el erotismo en el lenguaje, el control sobre los cuerpos y la sexualidad o el papel asignado a la mujer en el mantenimiento del orden social en la época colonial.

Palabras clave: Lima, siglo XVIII, historia de género, religiosas, exequias.

Abstract

In 1735 died, in Lima, sor Ignacia Maria del Sacramento, white veil nun from Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación. Her confessor, a jesuit, spoke during her funeral. The objective of the work is to analyze the speech from a genre point of view. For this reason, there will be treated topics as the erotism in language, body control and sexuality or the role of women in the colonial era related with keeping the social statements.

Key words: Lima, XVIII century, gender, religious women, funeral rites, sermon.

¹ Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados de Historia Medieval por la Universidad de Zaragoza, Diplomado en Archivística y Gestión Documental y candidato al grado de magister en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente se desempeña como especialista en archivo en la Dirección de Archivo Colonial del Archivo General de la Nación de Perú.

Introducción

El día 18 de septiembre de 1735 falleció, en Lima, sor Ignacia María del Sacramento, a la edad de 74 años, religiosa profesa de velo blanco en el Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación, de la Orden de San Agustín. Poco tiempo después, un jesuita, cuyo nombre no se menciona, quien fue su confesor por dieciocho años, predicó las honras fúnebres de sor Ignacia. Este sermón, conservado en el fondo Compañía de Jesús, del Archivo General de la Nación, trata sobre las virtudes de la religiosa.² En palabras del propio autor, “estas obras de las heroicas virtudes que siguieron a Ignacia después de muerta serán todo el asunto del sermón... Y así yo no traigo en mi sermón más concepto que el que formare cada uno de la santidad de Ignacia al oír su prodigiosa vida”.³

Las virtudes de sor María Ignacia son descritas, según el autor, a partir de la propia biografía que ella misma dictó a un amanuense, pues no sabía escribir, a petición de su confesor “para mayor gloria de Dios, edificación de la Iglesia y provecho de las almas, especialmente de sus hermanas religiosas”.⁴ Los temas entorno a los cuales se organiza la narración son los siguientes:

- 1) **La humildad.**⁵ “Se sentía tan bajamente de sí que por igualarse a los peones que trabajaban en la mina de sus padres se iba a cargar con ellos los metales, haciendo de este abatimiento de más subidos quilates el precioso metal de sus virtudes”.
- 2) **El amor de Dios.**⁶ “De esta nada de su bajeza y de este conocimiento de la grandeza de Dios, le nació el amar a Dios”.
- 3) **Presencia de Dios.**⁷ “Del amor de Dios que tenía Ignacia se puede inferir cómo tendría siempre presente a Dios en su alma, memoria, entendimiento y voluntad”.
- 4) **Gloria.**⁸ “En repetidas ocasiones le sucedió ponerse en presencia de Dios y allí se le presentaba la Gloria como si estuviera en ella y veía las Tres Divinas Personas con los ojos del alma”.
- 5) **Infierno.**⁹ “Pero no solo la llevó Dios en espiritual infierno, sino también al Purgatorio, en el cual vio muchas almas religiosas que por

² Archivo General de la Nación Perú, Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106).

³ *Ibidem*, f. 3v.

⁴ *Ibidem*, f. 5v.

⁵ *Ibidem*, fol. 4v-6r.

⁶ *Ibidem*, fol. 6r-8v.

⁷ *Ibidem*, fol. 8v-9r.

⁸ *Ibidem*, fol. 9r-9v.

⁹ *Ibidem*, fol. 9v-10v.

sus faltas, imperfecciones y por la poca observancia de sus reglas y constituciones padecían gravísimas penas”.

- 6) **Penitencia.**¹⁰ “Vistas ya las penas que Ignacia vio padecer a sus hermanas las religiosas, veamos ahora las que en sí padecía mortificando su cuerpo, y ensangrentando sus virginales carnes a los rigores de una cruel penitencia... Fuera de estas disciplinas tomaba otras de sangre según el beneplácito de su confesor”.
- 7) **Demonio.**¹¹ “Mas no solo Ignacia fue instrumento de su mortificación sino también el Demonio, permitiéndolo así Dios como se verá por los sucesos siguientes”.
- 8) **Paciencia.**¹² “De estos tormentos que padecía Ignacia en el cuerpo y alma se veían en ella los subidos quilates de su virtud en la paciencia y conformidad en la voluntad de Dios”.
- 9) **Oración.**¹³ “Siendo muy niña y no teniendo quien le enseñase a orar, cuando esto era lo que más deseaba, de repente se le apareció Jesucristo con la cruz a cuestas vertiendo sangre y ella le ofreció su corazón para recogerla, quedando con esta visión todo su corazón encendido y toda el alma arrebatada a una altísima contemplación”.
- 10) **Pobreza.**¹⁴ “Fue tan amante de la pobreza que no se veía en ella más que una viva imagen de la necesidad”.
- 11) **Castidad.**¹⁵ “Solo los confesores pueden ser testigos. Y como yo lo fui... puedo decir para mayor gloria de Dios y poder de su gracia que la venerable virgen Ignacia, desde la cuna al sepulcro se conservó virgen, sin que el menor impuro pensamiento empañase el candor de su pureza”.
- 12) **Obediencia.**¹⁶ “Siendo la castidad y pobreza heroicas virtudes, es más noble la obediencia, como enseña Santo Tomás, porque es más generoso sacrificio del alma. Fue Ignacia muy obediente a la más leve insinuación de sus preladas porque en ésta reverenciaba a Dios, cuyo lugar obtiene”.
- 13) **Cristo.**¹⁷ “Siendo esta venerable virgen adornada de tan realzadas virtudes, no me admiro que su esposo Jesús la honrase y engrandeciese con tan singulares y crecidos favores”.

¹⁰ *Ibidem*, fol. 10v-13r.

¹¹ *Ibidem*, fol. 13r-15r.

¹² *Ibidem*, fol. 15r-15v.

¹³ *Ibidem*, fol. 15v-18r.

¹⁴ *Ibidem*, f. 18v.

¹⁵ *Ibidem*, fol. 18v-19r.

¹⁶ *Ibidem*, fol. 19v-20v.

¹⁷ *Ibidem*, fol. 20v-22v.

- 14) **Divino Sacramento.**¹⁸ “Así lo experimentaba Ignacia, pues el soberano Sacramento fue el cupido amante, que disfrazado en el cerco breve de una ostia le cautivó del todo las potencias y aún los sentidos”.
- 15) **María Santísima.**¹⁹ “Teníala por su madre y señora y por blanco de todas sus acciones, valiéndose de su patrocinio en todas sus necesidades y trabajos y procurando encender en su devoción a todos”.

El objetivo del presente estudio es analizar el sermón desde una perspectiva de género, para ello se abordarán temas tales como el erotismo en el lenguaje, el control sobre los cuerpos y la sexualidad o el papel asignado a la mujer en el mantenimiento del orden social en la época colonial.

1.- El personaje

Las exequias de sor Ignacia María del Sacramento nos ofrecen algunos datos sobre su biografía. Nació en Lima, el 18 de diciembre de 1660, siendo bautizada con el nombre de María, en la Iglesia Mayor. De sus padres sabemos que fueron Ignacio de Ochoa, español, y María Núñez de León, limeña. Parece ser que tenían minas en Huancavelica, a donde la llevaron con tan solo un año de edad. Según el relato, la situación económica de la familia fue de la riqueza a la extrema pobreza, sin aportar mayor explicación sobre las causas. Tal vez por esa razón sor Ignacia no recibió una educación, ya que no sabía escribir y, de niña, se ocupaba de las labores domésticas del hogar familiar. En 1690 profesó como monja de velo blanco en el monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación, de la orden agustiniana, en Lima, con licencia del arzobispo Melchor de Liñán y Cisneros, siendo abadesa Juana de Cabrera. Devota de San Ignacio, tomó su nombre cuando entró a la vida religiosa. Probablemente debido a su situación económica es que no pudo profesar como monja de velo negro, aunque en el sermón se indica que teniendo quien aportase la dote completa por ella, prefirió hacerlo como monja de velo blanco por humildad y para evitarse “los ruidos de las elecciones de abadesa”. Murió en Lima, también un día 18 pero del mes de septiembre de 1735, a la edad de 74 años.

A falta de una mayor investigación sobre sor Ignacia y a partir de los datos de esta pequeña reseña, la podemos caracterizar como una criolla de baja extracción social que en su carrera religiosa no fue más allá de monja de velo blanco. La distinción entre monjas de velo negro y velo blanco significaba una división jerárquica dentro de los claustros. Las monjas de velo blanco eran una categoría intermedia entre las de velo negro y las

¹⁸ *Ibidem*, fol. 22v-24v.

¹⁹ *Ibidem*, fol. 24v-26r.

donadas; pagaban la mitad de la dote para ingresar al convento, no recibían los mismos presentes y raciones y no participaban en la vida política del convento, es decir no tenían derecho a voto ni a ser elegidas para ocupar alguno de los cargos. Sin embargo sí podían tener posesiones y gestionarlas, como celda privada, sirvientas, etcétera. A pesar de ello, las diferencias entre unas y otras eran más sociales que económicas. El velo negro estaba reservado para los estratos más altos de la sociedad, del tal manera que el linaje podía llegar a compensar la falta de recursos económicos a la hora de profesar y, al contrario, la legitimidad y la prosperidad no bastaban para garantizar el velo negro.²⁰ Por tanto, en el caso de sor Ignacia, a pesar de que se indica que podría haber cubierto económicamente su dote para ingresar como monja de velo negro, su profesión como monja de velo blanco debió estar relacionada con su baja extracción social dentro del grupo dominante de españoles y criollos. Aspecto este que su confesor maquilla al decirnos que más bien ella rechazó el velo negro por su humildad.

2. Autoría y naturaleza del texto

Un elemento capital a tener en cuenta a la hora de analizar el texto es su autoría. Obviamente, al tratarse de unas exequias su protagonista no coincide con el autor. Lo escribió un jesuita, cuya identidad desconozco hasta el momento, quien fue el confesor de sor Ignacia durante los últimos dieciocho años de su vida. A él se le encargó que predicase el sermón de honras fúnebres de la monja, según él mismo indica, por el hecho de ser su confesor.

El sermón escrito por el jesuita pretende ser una biografía de sor Ignacia en torno a las virtudes que, según su autor, la caracterizaron. La base para su redacción está en el relato que ella misma hizo de su vida a un amanuense siguiendo el mandato de su confesor, quien consideró que una vida tan ejemplar debía salir a la luz para ejemplo de toda la sociedad. Al respecto podemos citar los siguientes párrafos:

Y así a nadie declaró sus virtudes, ni manifestó los favores que Dios y la santísima Virgen le habían hecho, sino a mí, que fui su confesor. Y noticioso yo de lo más interior de su alma, de sus heroicas virtudes y las mercedes singulares con que Dios la había honrado, formé juicio movido de Divino Espíritu a lo que sería para mayor gloria de dios, edificación de la Iglesia y de notable provecho de las almas y, en especial, de sus hermanas las religiosas, quienes con su ejemplar

²⁰ BURNS, Kathryn, *Hábitos coloniales. Los conventos y la economía colonial del Cuzco, Quellca/IFEA, Lima, 2008, pp. 154-164.*

vida podían adelantar en virtud y perfección, que Ignacia escribiese su vida, obligándola a la ejecución de la obra con precepto de santa obediencia como lo ejecuté. Sintió la virgen Ignacia el mandato. Propuso su humildad las razones que le dictó su propio conocimiento, pero no se las admití. Entonces su humildad comenzó a hablar por los ojos, en tiernas lágrimas que vertía su sentimiento, doblándosele más el llanto al considerar se había de valer de otra persona, que le señalé por su amanuense, por ignorar por entonces el saber escribir, que al saber le sucediera que las letras que formara con la pluma las borrara con las lágrimas de sus ojos. Pues cada palabra que dictaba era con un ay o un suspiro con amargas lágrimas que inundaban la modestia de su penitente rostro.²¹

Se publican sus virtudes, y los favores con que Dios acreditó sus méritos y su modestia, ocultos con su extremado retiro... Que si es obligación ocultar el tesoro de las virtudes mientras estamos en el peligroso barro de la mortalidad... Es muy debido que, habiendo la muerte quebrado el frágil barro del cuerpo de la virgen Ignacia, se publique la hermosa luz de su virginosa vida, hasta ahora oculta en los cuidados de su secreto retiro.²²

... el puro esplendor de sus virtudes, las que predicaré sin hipérbole y solo referiré legalmente lo que ella escribió obligada de la obediencia, porque superior empeño fue necesario para que nos hablase su silencio aquél gran secreto de sus virtudes y favores.²³

Con esta dificultad me siento confuso al predicar la admirable vida de la venerable virgen María, toda un paraíso de las delicias de Dios y toda un vergel de virtudes... se hallan en Ignacia en grado muy perfecto, quedando dudoso mi discurso para discernir en cuál de ellas fue más señalada y prodigiosa.²⁴

Debemos tener en cuenta que cabe la posibilidad de que nos hallemos más bien ante la idealización por un hombre de la vida religiosa femenina más que ante un testimonio directo de la vida de una religiosa. A sostener esta afirmación ayuda la naturaleza del texto. El sermón está escrito para ser comunicado, de manera oral, a un público; no se trata de un texto de carácter privado que el autor escribe para sí mismo, como podría ser un diario. Su objetivo primigenio es adoctrinar. En este caso debemos ser críticos con la fuente y preguntarnos si el confesor de sor Ignacia pudo

²¹ Archivo General de la Nación (Perú), Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106), fol. 5v-6.

²² *Ibidem*, f. 1v.

²³ *Ibidem*, f. 2r.

²⁴ *Ibidem*, f. 4r.

aprovechar la ocasión para transmitir a sus hermanas religiosas, ante quienes predicaba las honras fúnebres, el ejemplo modélico que debían seguir en su comportamiento, proyectado en la vida de sor Ignacia. En ese caso, lo que el texto nos dejaría entrever sería la idea masculina de la entrega religiosa femenina y no la realidad de la vida religiosa femenina. En este sentido, el autor caracteriza a sor Ignacia de la siguiente manera: “compañera amable, santa pobre y humilde, religiosa observante, súbdita obediente”.²⁵

Las exequias de sor Ignacia se enmarcarían, por tanto, dentro de un género literario, si es que lo podemos llamar así, que tiene su origen en la más temprana Antigüedad: la oración fúnebre. En un principio, en la Grecia clásica, se trataba de un discurso panegírico para cantar los loores de los guerreros muertos, que invitaba a la población a imitar las virtudes de los héroes. Este carácter colectivo y finalidad política o cívica darán paso, durante la época romana, a un carácter individual y una finalidad celebrativa, basados en la exaltación de la gloria del muerto y la exageración de sus loores, sin vacilar a la hora de falsear la verdad. Posteriormente este género será incorporado por la Iglesia católica y formará parte de la tradición patristica. A lo largo de la Edad Media la oración fúnebre evolucionará tendiendo hacia la forma del sermón. Entonces, el elogio del difunto servirá sobre todo para la cristiana edificación de los oyentes. En palabras de Francis Cerdán “fácil era pues para el predicador adoctrinar a sus creyentes, directamente conmovidos por el fallecimiento de un ser con el que habían convivido y que la muerte acababa de arrebatarseles, induciéndoles a mejor vida cristiana... exaltando las virtudes del difunto como modelo a los demás mortales”.²⁶

3. Ascetismo y erotismo. El amor de Dios

En su estudio sobre sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz, nos muestra cómo, durante el siglo XVII, la ortodoxia religiosa fue implacable con la herejía más no con las “pasiones de los sentidos”. La extrema religiosidad barroca convivía con la extrema sensualidad de la época. Esto tenía su expresión en la literatura, en la unión de los contrarios: rigorismo y libertinaje, ascetismo y erotismo. Esta característica se vio favorecida por las condiciones sociales y físicas de Nueva España, vista como un nuevo territorio para la reconquista de la libertad corporal, en el que las nuevas

²⁵ *Ibidem*, f. 1v.

²⁶ CERDÁN, Francis, “La oración fúnebre del Siglo de Oro. Entre sermón evangélico y panegírico poético sobre fondo de teatro” en *Criticón*, nº 30, Toulouse, 1985, pp. 78-102.

condiciones sociales eran propicias al goce de los sentidos más que a la represión del cuerpo.²⁷

En las exequias de sor Ignacia podemos encontrar este lenguaje cargado de erotismo, sobre todo en lo referente al amor que la monja profesaba a Dios. Constantemente se hace alusión a cómo su deseo de unión con Dios la quemaba por dentro. Este ardor espiritual se manifestaba físicamente en su cuerpo, hasta el punto que tenía que recurrir a paños húmedos para aplacarlo.

Pero para predicar de los amores de un serafín en carne, no habían de ser mis voces las que los publicasen, sí había de ser el corazón de la que en incendios de amor dichosamente se abrasaba.

Aquel incendio sagrado que le inflamaba el semblante hasta brotar rayos de fuego por los ojos al ver la Majestad de su esposo ofendida, que otra cosa era sino pruebas de su encendido amor.

El amor de Ignacia fue correspondido de amor. Amaba a Dios y era de Dios amada. Y amando a Dios se le unía. O gran felicidad de Ignacia! O suma dignación de Dios! El que se llega a Dios, dice Pablo, se hace un espíritu con Él. Esto le pasó a Ignacia, pues llegó a unirse y desposarse con Jesús y ser por estos místicos desposorios una misma cosa con Jesús.

Por último, tenía Ignacia a veces el corazón tan encendido en el fuego del divino amor que se iba a donde estaba el agua bendita y se ponía pañitos mojados en ella para templar el fuego en que se abrasaba su alma. Y cuando estaba tullida, como no lo podía hacer por sí misma, pedía unos pañitos de vino con el pretexto de alegrar su corazón. Pero nada de esto material podía apagar aquél espiritual incendio en que se abrasaba su corazón a soplos del Divino Espíritu.²⁸

Más adelante, en la parte del sermón dedicada a los martirios experimentados por sor Ignacia, es interesante la referencia que hace el autor a la hidropesía sufrida por ella. Este término es aplicado a las personas que tienen una sed insaciable, probablemente producto de algún trastorno funcional. De manera que esta podría ser la explicación a ese ardor que la abrasaba constantemente y que habría sido interpretado por su confesor como la manifestación física de su amor a Dios.

²⁷ PAZ, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 101-107.

²⁸ Archivo General de la Nación Perú, Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106), fol. 6r-8v.

Padeció el mal de la hidropesía, el cual es tanto más tirano cuanto más doméstico. Y este le sirvió a Ignacia de crisol a su virtud, de martirio a sus deseos y de prueba a su constancia. Era tan intolerable la sed en que se abrasaba, que confiesa que se le ofrecía hacerse pedazos la lengua, la cual no podía mover en la boca, de que le resultaban intensísimos dolores de cabeza. Y lo que es más de ponderar es cuán sujetas tenía sus pasiones y cuán sangrienta guerra hacía a sus apetitos y humanas inclinaciones, pues mandándole el médico beber solo al día dos veces, solo bebía una al día.²⁹

4. La inobservancia de la regla y su castigo: el Purgatorio

Una de las características de la vida conventual, a la que Octavio Paz hace referencia en el citado estudio, era la habitual inobservancia de las normas. Nos ilustra cómo sor Juana, al igual que muchas de sus hermanas, recibían visitas a pesar de la clausura, incluso masculinas, organizándose tertulias y festejos no religiosos dentro de los conventos, cómo las monjas eran cortejadas.³⁰ Así, el locutorio era visto como un mal necesario para la gestión por las monjas de sus intereses temporales, convirtiéndose en un espacio esencial para la formación de las relaciones coloniales, según Kathryn Burns. Pero por medio del locutorio se corría el peligro de la penetración de lo mundano en los claustros, motivo por el que las autoridades eclesiásticas intentaban imponer una estricta disciplina en su uso, siendo la situación ideal prescindir de él.³¹

A través de las honras fúnebres de sor Ignacia podemos intuir cómo el incumplimiento de la norma se daba también en los conventos del virreinato peruano. Ya que su confesor utiliza las exequias para advertir a sus hermanas de los castigos a los que se exponían si no se comportaban según la regla. Para ello dedica uno de los pasajes del sermón al Infierno y al Purgatorio. En él se narran las visiones que sor Ignacia tenía de muchas de sus hermanas pagando por las faltas cometidas, tal como se ilustra en la siguiente cita:

Pero no solo la llevó Dios en espiritual Infierno, sino también al Purgatorio, en el cual vio muchas almas religiosas que por sus faltas, imperfecciones y por la poca observancia de sus reglas y constituciones padecían gravísimas penas. En una ocasión la llevó Dios por un camino

²⁹ *Ibidem*, f. 12r.

³⁰ PAZ, Octavio, *op. cit.*, pp. 165-172.

³¹ BURNS, K., *op. cit.* pp. 133-137.

muy trabajoso y le entró en una pieza donde vio una religiosa metida en una cama de fuego... Preguntóle a ésta quiénes eran las que estaban al otro lado. Éstas eran muchas que estaban dando tiernos y lastimosos quejidos, en que manifestaban lo intenso de sus penas con que Dios las purificaba. Y llegando a ellas, las conoció a todas. Y de estas había muerto en la enfermería una. Preguntoles que cómo les iba y la respondieron que bien, puesto que se hallaban en aquél lugar, pero que rogase a Dios por ellas para que las librase de tan acerbos y crueles penas. Después la pasó Dios a otro lugar, donde vio una gran hoguera de ardiente fuego y encima de ésta estaba un cuerpo echado, dando grandes suspiros y desacompasados lamentos y arrojando de su corazón tristes ayes y de sus ojos amargas lágrimas. Preguntó Ignacia a una que estaba a su lado quién era aquélla que tan lastimosamente se quejaba, y la respondió: esta es una criada que había muerto pocos días antes y estaba padeciendo tan crueles penas y dolores por maldiciente; y a ésta Ignacia la había conocido... En otra ocasión, haciendo en el coro los ejercicios de María la Antigua, se abrió a medianoche de repente la puerta del coro, que estaba cerrada. Recibió su alma gran pavor y postrada contra la sillería vio que entraba una multitud de religiosas, las cuales pasaron junto a ella. Y habiendo dado una vuelta por todo el coro se salieron dejando la puerta cerrada. En esta visión le dio Dios a entender cómo aquellas almas estaban ahí penando la negligencia y descuido que habían tenido en no asistir a la obligación que tenían de rezar en el coro.³²

Obsérvese que al preguntar Ignacia a sus hermanas cómo les iba responden que bien. La pregunta se refiere a cómo les ha ido en su juicio ante Dios. Consideran que les ha ido bien, a pesar de hallarse en el Purgatorio, porque no han sido condenadas al fuego del Infierno. Es decir que se encuentran en un lugar transitorio purgando sus penas, tras lo cual podrán acceder al Cielo. Por tanto, las faltas cometidas por las religiosas son menores, no llegan a condenar su alma. Tal es así, que Ignacia, antes de ser llevada al Purgatorio, visita el Infierno pero allí no se indica que encuentre a ninguna religiosa sino a "...muchos animales ponzoñosos y terribles, serpientes, que la querían tragar y despedazar...". En este sentido, Kathryn Burns, en su estudio sobre los conventos del Cusco colonial, considera que más que una violación de la norma lo que hubo fue una interpretación que permitió su laxitud. La aplicación de la teoría a cada caso concreto tuvo como resultado

³² AGN, Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106), fol. 10r-10v.

el replanteamiento sobre cómo cumplir sus votos pero sin faltar a ellos. Así, se redefinieron los conceptos de propiedad, matrimonio y familia para que la regla monástica coincidiese con el orden colonial. Sin embargo, sí hubo en la época una percepción de que esta interpretación podía rebasar los límites permisibles. En este sentido Burns recoge la denuncia del franciscano Diego Mendoza que considera que las monjas del monasterio de Santa Clara estaban pasando de las interpretaciones admisibles al ámbito peligroso del exceso sensual, refiriéndose a los adornos de los hábitos.³³

5. La lucha contra el cuerpo: el exquisito arte del martirio

Lo extremo de la religiosidad barroca osciló entre lo licencioso y el ascetismo más radical. En este último aspecto la lucha contra el cuerpo, contra la sexualidad, fue suntuosa y encarnizada. Los conventos fueron pródigos en penitentes y flagelantes. Según Paz, las monjas novohispanas elevaron el martirio a la categoría de arte exquisito.³⁴ Las exequias de sor Ignacia nos demuestran que las monjas peruanas nada tuvieron que envidiar en este "arte" a sus hermanas mexicanas, cuando menos en la mente de su confesor, tal como se ilustra a continuación:

Vistas ya las penas que Ignacia vio padecer a sus hermanas las religiosas, veamos ahora las que en sí padecía mortificando su cuerpo y ensangrentando sus virginales carnes a los rigores de una cruel penitencia... trató a su inocencia como a pecadora y miró a su cuerpo como a enemigo de su alma... y esto lo logró haciéndose verdugo cruel de sí misma. [Siendo niña] cuando sacaba el pan del horno ponía a la boca de éste desnudos sus brazos y parte del cuerpo para abrasárselos, hasta tostarse la piel. Siendo muy niña tuvo devoción de ayunar desde la víspera de la Asunción de Nuestra Señora hasta la víspera del Arcángel San Miguel, que son cuarenta días de ayuno, sacando los domingos. Ayunaba también las festividades de Nuestra Señora los sábados y viernes, y en éstos comía hiel que sacaban de las vacas que mataban en el mineral. Siendo novicia ayunaba a las quince gradas de Nuestra Señora de Adviento, cuaresmas y todas las festividades de Cristo y de su Santísima Madre, fuera de los ayunos dichos. Siendo de la edad de ocho años, no teniendo disciplina con qué castigarse, formaba de unos cordeles sogas disciplinas haciéndoles en la extremidad unos nudos y con estas se martirizaba su inocente cuerpo. Eran tan grandes los deseos que tenía de hacer penitencia que intentó

³³ BURNS, K., *op. cit.*, pp. 164-169.

³⁴ PAZ, Octavio, *op. cit.*, pp. 172-173.

hacer unos corpiños de cerdas, de las cuales tejió una áspera faja con que se ligaba su cuerpecito. Y llegaba a tanto su fervor de padecer por Dios, que las disciplinas que tomaba eran con cuantos instrumentos encontraba, ya con cueros duros, ya con varas espinosas y con otros que inventaba su devoción y ansia de padecer. Y para aumentar el martirio de su penitencia y sentir más los cilicios con que tenía ceñido su cuerpo y para que se entrasen más en las carnes, y tener esto más que ofrecer a Dios, se iba a la mina donde trabajaban a cargar metales, siendo para los que la miraban tan niña ejemplo y para Cristo de grande recreo. Estando en un mineral, más allá de Castrovirreyna, que es una puna rigidísima, a escondidas de sus padres, se descalzaba y andaba sobre la nieve sin que esta, con su intensísimo hielo, pudiese apagar el fuego de amor con que se le abrasaba su corazón... Antes sí, encendiéndose en más fuego el deseo de padecer por Jesús, al considerarlo en el desierto, se descalzaba para andar por la espesura de los montes cubiertos de espinas y de zarzales, quienes con sus agudas púas ensangrentaban sus tiernas y delicadas plantas. O, cuán agradables serían estos pasos! O, cuán hermosas sus pisadas a Jesús su esposo... rubricando con su sangre las huellas, solo por dar un paso más en la virtud y adelantarse más en la perfección del padecer. En el tiempo cuando era niña era su cama un pellejo en el suelo y una frazada... Hasta aquí fueron sus penitencias cuando vivía en el mundo. Veamos ahora las que hizo cuando se consagró en la religión a Cristo por esposa. Era su cama, mientras estuvo buena, unas veces de palos agudos y de ásperos troncos, otra de tablas con una fresada sin almohada. Demás de los ayunos, que eran continuos, se disciplinaba todos los días tres veces. Andaba ceñida de cilicios de fierro, crueles verdugos que martirizaban su inocente cuerpo. Fuera de estas disciplinas tomaba otras de sangre según el beneplácito de su confesor. Y no fiándose de su propia mano o por temor de que el amor propio reprimiera el impulso o por juzgar de pocas fuerzas el golpe, tenía una moza pagada y mucho más obligada de sus cariños y persuasiones para que entre la oscuridad de la noche la disciplinase. Y así lo ejecutaba todos los días, hasta dejarla el cuerpo herido y ensangrentado, alentándola para que se empeñase en hierla con más crueldad con ruegos y tiernas palabras. Estas sangrientas disciplinas le duraban hasta que le daba alguna enfermedad, pero en sanando volvía con más aliento a continuar su riguroso martirio. Otras veces, no satisfecha de derramar su sangre, suplicaba a una que la atase a un palo apretándole los brazos con cordeles, que esto era bastante martirio para su inocencia, y la rogaba que como a su esclava la azotase y castigase, sin perdonar a la violencia del golpe parte alguna de su

cuerpo. Y a esta misma rogaba que la diese de bofetadas estando de rodillas y que la maltratase como a la más ruin criatura. Y mientras más castigada y herida se hallaba más se encendía su corazón en querer padecer por Dios.³⁵

La cuestión del martirio nos permite reflexionar sobre el cuerpo como categoría de análisis para comprender la sociedad de la época. En este sentido, Alejandra Araya, considera que a través de la aplicación de esta categoría al sistema colonial podemos observar el ordenamiento del mundo a partir del binomio cuerpo-alma. El cuerpo es enemigo del hombre porque lo condena, de manera que las personas más distanciadas de la corporeidad, de las necesidades del cuerpo, tienen mayor autoridad. El control del propio cuerpo legitima el control sobre el resto de la sociedad, incapaz de controlarlo.³⁶

Como se indica en la cita anterior, sor Ignacia “trató a su inocencia como a pecadora y miró a su cuerpo como a enemigo de su alma”. En otro pasaje el autor plantea y responde la siguiente pregunta “¿Qué nos quieren decir el huir de los deleites del mundo, sus penitencias crueles y sus ásperas mortificaciones? Sino un corazón tan desposeído de su amor propio como lleno del amor de Dios.” Por tanto, siguiendo el planteamiento de Araya, el control sobre su cuerpo ejercido por mujeres como sor Ignacia, a través de la abstinencia y el martirio para reprimir sus necesidades e instintos, legitimaban la superioridad moral de los españoles y criollos sobre indios, negros y castas en la sociedad colonial. Esta superioridad moral a su vez legitimaba el control social sobre estos grupos incapaces de controlarse y que, por tanto, debían estar bajo la tutela del grupo superior.

Yendo un poco más allá en el planteamiento, debemos tener en cuenta la figura del confesor en relación a la mujer penitente. Tal como él mismo expresa en el sermón, sor Ignacia “fuera de estas disciplinas tomaba otras de sangre según el beneplácito de su confesor”. Podemos inferir en este aspecto su dominio sobre la monja, del hombre sobre la mujer. Por tanto, si el control ejercido por sor Ignacia sobre su cuerpo legitimaba la superioridad moral y social de su grupo, el control del hombre sobre la mujer penitente legitimaba la superioridad de lo masculino sobre lo femenino dentro de ese grupo dominante y, por ende, sobre el resto de la sociedad. Como hemos podido ver, los pasajes que el autor dedica al martirio son tan extensos y

³⁵ AGN, Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106), fol. 10v-12v.

³⁶ ARAYA, A., “La pureza y la carne: el cuerpo de las mujeres en el imaginario político de la sociedad colonial”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Año VIII, vol. ½, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2004, pp. 67-90.

detallados que es difícil no pensar que encontrase cierta satisfacción en ello, que experimentase el placer a través del dominio sobre ella. Un placer que se vería elevado exponencialmente al proyectar ese dominio sobre los demás grupos sociales.

6. La mujer y el orden social: castidad y obediencia

Dentro del imaginario católico, en el Cielo residen los habitantes no corpóreos, incorruptibles y perfectos, como los ángeles; en la Tierra, por oposición, están los habitantes corpóreos, imperfectos y corruptibles. Los monjes y las monjas son seres intermedios que superan lo carnal mediante prácticas ascéticas y místicas; su recompensa es la santidad, el triunfo sobre la muerte, sobre la corrupción del cuerpo. En este discurso de castidad y recato la muerte en lugar de la procreación permite la redención y salvación del mundo. Esto explica la exigencia de oración y retiro de las monjas como mujeres consagradas a Dios para la salvación del mundo. El vientre de la mujer es visto como lugar de corrupción y podredumbre, origen de la tragedia humana. Las monjas a través del sacrificio, del ayuno y la mortificación, interrumpen la menstruación, que evidencia la putrefacción del vientre. En esta teoría del orden social, la mujer es el elemento clave que legitima al grupo dominante, ya que su capacidad de engendrar la hace corruptible, la convierte en una carga peligrosa. De ahí la importancia de controlar su comportamiento sexual. Existen dos modos de evitar la corrupción, la contaminación del cuerpo femenino, bien mediante el rito confesional, es decir mediante el sacrificio que hacen las monjas, o bien mediante la entrega de la honra al cuerpo físico-social, es decir a la continuidad del grupo dominante. El cuerpo de la mujer representa la frontera entre el bien y el mal, entre pureza y corrupción, por lo que es necesario protegerla a través de normas que deben ser respetadas, en el caso de las religiosas recluyéndolas en un lugar adecuado.³⁷ Los conventos se nos presentan por tanto como baluartes contra el mal, la deshonra y las manchas, dentro de los cuales las monjas modelo son aquellas que, según el cronista Diego de Mendoza, obedecen las órdenes de sus superioras con presteza y sin discusión, sin importar lo que costara.³⁸

El confesor de sor Ignacia era consciente de la importancia de la castidad y la obediencia de la mujer para el mantenimiento del orden social. Así, en ese afán de ponerla como ejemplo para sus hermanas, se esfuerza por recalcar el loable del sacrificio llevado a cabo por ella para mantener su virginidad hasta el final de sus días, controlando las necesidades del cuerpo mediante el

³⁷ ARAYA, A., *op. cit.*

³⁸ BURNS, K., *op. cit.*, pp. 138-145.

martirio. Al mismo tiempo señala cómo el primero de los sacrificios debe ser la obediencia a sus superiores. Los pasajes al respecto son elocuentes:

Solo los confesores pueden ser testigos. Y como yo lo fui... puedo decir para mayor gloria de Dios y poder de su gracia que la venerable virgen Ignacia, desde la cuna al sepulcro se conservó virgen, sin que el menor impuro pensamiento empañase el candor de su pureza... Pero qué no le costó la custodia de tan inestimable tesoro, ya lo tienen dicho sus crueles y sangrientas penitencias, pues sabía que en el tratamiento más cruel de la carne se conserva más libre de peligros el espíritu...³⁹ Su vigilante temor o indefectible cuidado en la observancia de sus reglas y en la obediencia a sus preladas, aunque le mandasen cosas difíciles y repugnantes a su genio o inclinación, es el más seguro testimonio para conseguir el más supremo honor de la santidad y perfección... Qué diré de la obediencia que tuvo a su confesor. Pues no hacía cosa que no se gobernase por su dirección, para que así fuesen sus santas operaciones agradables a los ojos de Dios.⁴⁰

Las amenazas al mantenimiento del orden social son representadas por el demonio. En el caso de las exequias de sor Ignacia se vincula su figura con los grupos sociales dominados, concretamente los negros, y con la tentación que puede pervertir la castidad de la monja, lo cual igualaría al grupo dominante con los dominados, al ser incapaz de mantener el control sobre sí mismo que legitimaba su superioridad moral.

Siendo ya religiosa y viniendo del santuario a las doce de la noche, al pasar por el patio del claustro grande sintió un gran pavor porque vio al demonio en figura de un disforme negro arrimado a un pilar, llamó a Nuestra Señora de la Encarnación para que la socorriese. Y pasando más adelante encontró una negra echada de bruces en la tierra, volvió a implorar el favor de Nuestra Señora. Y pasando a su cancel, donde dormía sola, llevando luz en la mano, al abrir su cancel, vio en medio del suelo una rueda de fuego, que arrojaba mucho humo... Estando acostada sintió sobre sí un gran peso y, sentándose en la cama, vio que era el demonio en figura de gato prieto. Y echándolo, le saltó encima y, después de haberla lastimado y arañado, se desapareció a la invocación del Dulce Nombre de Jesús. Esta figura se le aparecía casi todas las

³⁹ Archivo General de la Nación Perú, Dirección de Archivo Colonial, Compañía de Jesús, Asuntos Religiosos, Sermones, Caja 35, Documento 1036 (signatura antigua: 63,106), fol. 18v-19r.

⁴⁰ *Ibidem*, fol. 19v-20r.

noches andando alrededor de su cama, ya subiéndose a la cama, ya trepando sobre el cielo de su pobre lecho...⁴¹

Conclusión

Las exequias de sor María Ignacia del Sacramento nos acercan al papel asignado a la mujer en el mantenimiento del orden social colonial. Son utilizadas por su confesor para transmitir a sus hermanas el modelo de comportamiento religioso femenino que debían respetar para cumplir esa función asignada. Esto es facilitado al autor por el tipo de discurso, el sermón de honras fúnebres, y por su calidad de confesor, que le permite idealizar la biografía de la monja alegando ser conocedor de sus experiencias íntimas, solo a él confiadas. Gracias a ello puede proyectar en su discurso el modelo ideal de la vida religiosa femenina sobre la biografía de sor Ignacia, sin ser cuestionado por su público.

Fuentes y Bibliografía

ARAYA, A., “La pureza y la carne: el cuerpo de las mujeres en el imaginario político de la sociedad colonial”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Año VIII, vol. ½, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2004, pp. 67-90.

BURNS, K., *Hábitos coloniales. Los conventos y la economía espiritual del Cuzco*, Lima, Centro de Estudios Andinos e IFEA, 2008.

CERDÁN, Francis, “La oración fúnebre del Siglo de Oro. Entre sermón evangélico y panegírico poético sobre fondo de teatro”, *Criticón*, n° 30, Toulouse, 1985, pp. 78-102.

PAZ, Octavio, *Sor Juan Inés de la Cruz. Las trampas de la fe*, México, FCE, 1984.

⁴¹ *Ibidem*, fol. 13-13v.